

ELOGIO DE LOS TOROS

COMO la mayoría de los hombres, yo tengo una reputación falsa, que por lo visto empieza a hacerse internacional. Se me reputa de hombre que abortee las corridas de toros. Llevada de ese error, una revista alemana me ha pedido una opinión sobre los toros, o para ser más exacto, una opinión contra los toros. Pero yo no soy enemigo de los toros. Hace años, antes de la guerra, en el Café Merkur, de Leipzig, hubo de enfadarme seriamente con un grupo de doctores alemanes amigos — el doctor Otto Buek estaba presente — tal vez lo recuerde — porque se permitieron comentar despectivamente la costumbre española de correr toros como algo entre frívolo y bárbaro. Lo único bárbaro y frívolo de los toros, o bárbaro y frívolo a la vez — bárbaro frívolo o bárbaro frivolidad — no son los toros ni los toreros, sino el público, del mismo modo que en los circos romanos no eran bárbaros ni frívolos los gladiadores ni las fieras, sino la plebe que, desde el César hasta el esclavo más abyecto, acudía a encanallarse con el espectáculo. Yo no abomino de los toros, sino de los espectadores.

El toro me parece algo grande y educador. Es un animal cuya fuerza y cuya bravura han inspirado hermosos símbolos en los más varios lugares y tiempos. Los asirios elevaron el toro a categoría de animal sagrado, perpetuándolo en sus monumentos religiosos y dando a veces a su rostro expresión humana, como hacían los egipcios con sus esfinges.

Este simbolismo esultórico se repite en nuestra historia primitiva, como puede verse en el toro de Balazote, con cara humana, en los toros de Guisando y en otros muchos monumentos antiguos que se han hallado en España. La caza del bisonte, paciente cercano del toro, es el tema de las admirables pinturas y dibujos rupestres que se han encontrado en numerosas cuevas de España, señaladamente en las estepas de Altamira (Provincia de Santander), y que son una anticipación genial de las más audaces escuelas pictóricas modernas. No es sorprendente que el padre del cubismo contemporáneo, Picasso, sea español. En realidad puede decirse que se ha limitado a seguir una tradición artística española que florece ya en la prehistoria.

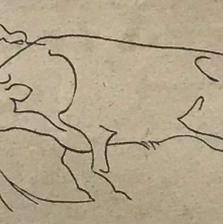


El toro es un animal típicamente español y no comprendo cómo en nuestra heráldica nacional figura el león, que es, dicho sea con todo respeto, una fiera demasiado barbuda, demasiado histriónica, bastante ridícula y de caricatura fácil. El rey de la selva, como en general todos los reyes, ha abusado un poco de la peletería y de la máscara, para imponer respeto a los espíritus más cándidos. Los espíritus más críticos han visto siempre en el león, un animal algo tonto y pagado de sí mismo, como si estuviera contemplando constantemente en un espejo, que es la impresión que da cuando mira a lo lejos, desde las jaulas zoológicas, sin ver probablemente nada. El símbolo leonino ha hecho mucho daño a los españoles. En los siglos pasados, casi todos los hombres imitaban las barbas y la cabellera del león y se contentaban con eso. El león se deja imitar y domesticar; el toro de raza, no. Don Quijote pudo hacer abrir la jaula de uno de los leones impudentemente; como no había público, le volvió vanidosamente la espalda. El león es demasiado comedianta. Por eso los comediantes le imitan tan bien y a veces lo hacen mejor que él, como se pudo comprobar en Londres cuando el año de "Androcles y el león", de Bernard Shaw. Con el toro no hay bromas posibles. ¡Pobre Don Quijote si se pone a la puerta abierta de un toril! Jamás un toro, por manso que sea, se niega a salir a la plaza. Y cuando alguna vez, en un circo taurino, se ha encerrado en una jaula a un toro y a un león, la victoria, facilísima, ha sido siempre del toro.

No comprendo, repito, cómo en la historia de los símbolos españoles se ha podido instituir la bestia cornúpetra, tan nacional, tan auténtica, tan indomable, por ese otro animal de climas más cálidos cuyos rugidos y cuyas melenas parecen estudiadas en alguna escuela de declamación y en alguna sastrería teatral, para delictoso terror de los niños, las niñas y los soldados de las galerías circenses. El tránsito del toro al león como símbolo representativo podría tal vez explicar la decadencia histórica de España. Es el tránsito de una realidad vital a una apariencia escenográfica. Cuando España haga su gran revolución, como debe hacerla si quiere perdurar históricamente, como la hizo Inglaterra, como ha hecho Francia, y como lo ha hecho Italia, yo propondré en el momento de redondear, según es uso, los símbolos nacionales de España, que se sustituya el león por el toro.

Originalmente tal vez fue un gran estímulo a la acción. Hoy narcotizan las reales

reemplace por un toro de pura sangre roja e hirviente. El toro fué el maestro del español antiguo. Cazándole para su subsistencia o corriendolo por simple juego, en las grandes praderas cuya inmensa extensión alimentaba el centinamiento de libertad del toro y cuyos fuertes pastos nutrian su bravura, el español prehistórico aprendió a jugarle la vida y a dominar con su valor y su arte a la terrible fiera de impulso incontrastable y buda coramienata. Sin esos combates primigenios con el toro, no se comprenderían algunos momentos de la historia de España, las luchas seculares por la independencia, el descubrimiento y conquista de América y del Pacífico y los sucesos de un imperio universal. Al cabo, el viejo cazador de toros se cansó de ese deporte y comenzó a convertirlo en espectáculo. Abandonó los campos donde los corría y donde templaba a diario su arrojo, y construyó en las ciudades plazas taurinas adonde asistía y sigue asistiendo como espectador, adonde va a exigir



que sea heroico el toro profesional, sin que él, como espectador profesional, sienta la menor necesidad de serlo. Los espectadores de arte verdadero elevan el espíritu humano, exaltándolo con las figuras o acciones que representa, cuando son bellas o nobles o moviéndole a piedad y simpatía cuando es desventurado su destino. Los espectadores de fuerza, destreza o valor son, al contrario, como los estimulantes y los estupefactantes: por unos momentos parecen exaltar los instintos relacionados con el espectáculo que se contemplan; pero después, pasados los efectos, se cae en la relajación opuesta, en un desmayo, en un estado físico y moral de todo el ser. Los toros son el opio o el vodka del pueblo español. Primero embriagan, sobrecitan; luego, insensibilizan y deprimen. Psicológicamente habitan al público a ver la vida desde la barrera.

Originalmente tal vez fue un gran estímulo a la acción. Hoy narcotizan las reales

Se han acostumbrado a delegar en el torero el espíritu heroico, y trasladan esta inhibición a todas las actividades de la vida que impliquen un riesgo o un sacrificio. Cuando se trata de realizar algo difícil, hay una frase proverbial en España: "Aquí hace falta un hombre!", con lo que se quiere decir que se busca un hombre que haga de torero mientras los demás se asoman al balcón a ver lo que pasa. Las revoluciones españolas, mejor dicho, los pronunciamientos del siglo XIX y el que se padece en estos instantes, han sido una especie de corridas de toros en que tres o cuatro generales se echaban al ruedo, e sea a la calle, persiguiendo a los toreros prestos de la política, que eran los abogados. El pueblo, entretanto, salía a las ventanillas a divertirse con el espectáculo, sin tomar mucha parte ni por los toros ni por las armas. Los toros han envilecido el alma española, como los cirros envilecieron el alma de Roma, exponiéndola a la invasión de los bárbaros, que, no obstante, en medio de tanta corrupción pública y privada, representaban un principio de vida renovadora, una inyección de sangre nueva. Ahora los bárbaros no vienen de fuera, sino del interior del país. Y lo peor no es eso, sino que los bárbaros, sino bárbaros decadentes como los propios demónios, bárbaros de sangre preñada a la paranoia, y sin ninguna complicación mental.

Con los toros ocurre lo que con el sistema parlamentario: instituciones saludables y educadoras en su origen, han degenerado en virtud del profesionalismo. El régimen parlamentario es eficaz y es indestructible allí donde, como en Inglaterra, no se aisla en su edificio de Westminster, sino que se desparra por todo el país por sus órganos del mitin y de la prensa. "The man in the Street", el hombre de la calle no puede intercalar en el Parlamento a los ministros; pero espera a que salgan a la calle, a que suban a un tablado a pedirlo su voto, y entonces es cuando el hombre de la calle se acorrala a preguntas y a objeciones, arrancándole promesas y comprometiéndose su porvenir. El parlamentarismo inglés es tan colectivo, tan nacional como fumar en pipa, como la Biblia, como los deportes al aire libre y como el "five o'clock tea". El remedio contra la decadencia de los toros, como contra la decadencia del Parlamento, no consiste en abolirlos, según proponen algunos, sino en desprofesionalizarlos, en hacer que todo el mundo sea torero, en hacer que el mundo sea un "five o'clock tea".

rienta de la política, está libre de que le ocurra desgracia semejante? — me cuidaré muy bien de suprimir los toros, y no, como creen algunos ingenuos, por tener que sólo eso provocaría una revolución en España, sino por creer que sólo restaurando la forma primitiva, prehistórica del torero, es posible que los españoles vuelvan a hacer algo grande en la historia. Un reformador con conciencia nacional debe hacer obligatorios los toros, pero no como espectáculo, sino como un deporte en que participen todos los hombres desde los quince a los treinta años. Hoy deprime ver innumerosos muchadumbres que, desde los tendidos, apoplética el rostro, ronca la voz, en alto los puños, piden que el torero se arrojara al ruedo, que arriague su vida para satisfacer la sediciosa colectiva. Si a esas gentes que tanto reclaman del valor cuando se las forzara a bajar al ruedo y poner a prueba su propio valor, España volviera a ser pronto lo que en algún tiempo fué. En una ciudad española, Pamplona, hay la costumbre de saltar los toros por la calle la mañana en que van de la estación a la plaza, para que los corra el pueblo en masa. En otros lugares, se ata el toro con una soga y se le deja que corra por calles y plazas, para que los pueda torear todo el mundo, jóvenes y viejos. Estas costumbres, que a un extranjero tal vez le parezcan un tanto bárbaras, son sin duda supervivencias del torero primitivo y señalan lo que debe hacerse en toda España. No prohibir los toros, como quieren los más sensibleros, sino transformarlos en un deporte nacional y obligatorio, como el servicio militar y la doctrina cristiana en las escuelas. Los toros, como espectáculo profesional, han desvirtuado la psicología española. Los toros, como juego natural, compulsivo hasta que la gente vuelva a acostumbrarse, debe revitalizarse. Los toros deben volver a ser, en algún día fueron: una escuela popular del peligro. Lo opuesto de lo que hoy son. Pues como decía Shakespeare: "But I tell you my lord, fool, out of this nettle, danger, we pluck the flower, safety". Que es lo que en otras palabras más terribles dice también el alemán Geume: "Wer den Tod fürchtet, das Leben verlor". Quien teme la muerte, ha perdido la vida.



HUELLAS FEMINISTAS by ARQUISTAIN www.huellasfeministas.com.ar

PRIMER EPISODIO

HA CE aproximadamente seis meses que conocí a Cuca. Yo vivo en un barrio apartado y mi casa carece de balcones. Suelo usar un marmal poco veces, a ver la calle a través de una bonita ventana de chalet moderno.

En uno de mis raleados vistazos al arroyo, mis ojos chocaron por vez primera con la boca de Cuca, una preciosa boca, pincelada de una mezcla de polvos de luna, rosa coby y agua del río del cielo; adherida a aquella vi extenderse la curva de la más graciosa melena que haya contemplado en mi vida.

Vestida de rigurosa moda un traje verde jade que dejaba al descubierto sus brazos perfectos y sus imperfectas piernas. Los zapatos y medias, de un muerto amarillo paja seca, al afirmar las extremidades, hacían recordar las patas de los canarios.

Estábase callada en la acera, de espaldas a mi ventana, oyendo las razones de una su vecina que le contaba un asunto de modistas y trapos.

De pronto me eché a reír como una loca; había escuchado la voz de Cuca, una voz ahumana como salida de una laranga de madera.

Cuando pude contenerme guardé silencio para paladear sus palabras; razonaba como una joven común de la clase media y de veinte años.

Salió de mi apostadero y, sin más ni más, acercándose a ella, la tomé por los hombros y obligándola a girar sobre sí misma, la arrojé diciendo:—¡Quiero conocerle los ojos!

Ella dió un grito, un grito de pájaro, y me clavó en las mias sus pupilas, unas pupilas algosas, arropilladas, descoloridas, hechas de un vidrio lejano, de un vidrio resumado por las más verdes y heladas estrellas de la noche.

SEGUNDO EPISODIO

De más está decir que hebe de explicar a Cuca mi manía literaria y la anomalía impulsiva de mi carácter, que me aparta un tanto de las maneras conve-

nidas en el comercio social de los hombres. Fuimos, desde entonces, cordiales, si no íntimas amigas.

Ella venía a casa todos los días y su charlara de viento ligero me curó más de una vez del pesado sedimento de angustias que está, horizontal, sobre mi vida.

Sin embargo, cierto reparo inexplicable me impedía ir a la suya; cierto no sé qué extraño me obligaba a evitarla a solas: en cuanto entraba, con un pretexto u otro, mi hermana Irene, por secreto pedido mío, se alle-

gaba a acompañarnos.

Creo no haber mirado nunca tan detenidamente a otra mujer. No; Cuca no era un ser huma-

no, igual a cualquier otro: de bajo de su piel, lento, callado, silencioso como los pies de los fantasma, rodaba, grisáceo, un misterio.

¡Por qué, si no, durante horas y horas, mis ojos, indiferentes otrora, habían de perseguirle tenazmente la fría arcuena del cuello, la almendra roja de las uñas, la espuma de oro del cabello, la porcelana amarilla y caída de la nariz, y, sobre todo, el vidrio verde de los ojos?

¡Por qué hablando, como hablaba, lo que todas hablan, la voz mefale como de una caja y al rebolar en las paredes de mi escritorio su opaco sonido me sobrecogía?

TERCER EPISODIO

Solamente dos meses después de tratarla me atreví a ir a su casa y eso sabiendo que habría baile y la vería acompañada de mucha gente.

Por mi hermana tenía ya noticias del arreo de su mansión, casi pegada a la mía, de gris fachada y grandes balcones con persianas, desde los cuales, todas las tardes, miraba Cuca pasar sus adoradores.

Serían aproximadamente las 22 cuando traspasé sus umbrales. Un largo corredor húmedo conducía al hall cuya lámpara caqui echaba su melancólica luz sobre muebles severos.

Al lado del hall la amplia sala se abría como una cueva de sangre; una velluda alfombra, color cuello de gallina degollada, al recubriría totalmente se tragaba el rumor de los pasos humanos; grandes sillones, tapizados de terciopelo granate y negro—tulipanes en relieve—alargaban sus brazos muertos en muda oferta generosa; en un ángulo el piano negro, lustroso, hierático, dejaba correr sobre su lomo el chorro púrpura de un mantón de Manila; la baja araña colante, balanceaba de vez en cuando—por mandato de una fuerte ráfaga de aire del balcón venido— cinco lámparas carmeses, irisadiscóntes en su llaga viva como párpados irritados.

Envolviendo, abrazando, amalgamando toda aquella arteria desbordada, lerdos cortinados, ojos también, colgaban hocos, sobre las anchas puertas.

Apretada contra mi hermana Irene me acurrugué en aquella habitación y desde allí, sin hablar palabra, vi moverse a Cuca.

Andaba de un lado para otro y cuando la perdía de vista su vececita de madera delatábalas, semiperdida en algún corrillo. Alrededor de ella, inmaterial en su lánguido traje blanco, moviase una nube de hombres de negros vestidos.

¡Cuántas horas y con cuántos bailó! Eran uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once... infinitos hombres cambiantes alrededor de la misma cintura.

Más de una vez pasó rozándose, y pude ver de cerca el movimiento de huso de su cuerpo, empujado en el movimiento de



CUCA
EN SEIS EPISODIOS
POR
ALFONSINA
STORNI

ILUSTRACIONES DE HUERGO

huso del joven que la conducía. Pero fué recién a la madrugada, después de la centésima vez que pasaba a mi lado, cuando me asaltó la angustiosa sospecha que a poco más me altera el juicio.

Pensé de pronto: si tocara el brazo izquierdo de Cuca, ese mismo que se apoya en este momento, rígido, sobre el hombro del compañero, la carne no se hundiría; y si la probara con el pulgar y el índice, como se hace con los cristales, estoy cierta de que sentiría, preciso, limpio, el claro sonido de la porcelana.

CUARTO EPISODIO

Dormí muy mal aquella noche; sueños extravagantes, visiones de terror, desfilaban en balumba por mi cerebro afebrado.

Cuando abrí los ojos me abalané hacia la cortina de mi ventana descorriéndola violentamente; no podía soportar la obscuridad de la habitación.

Tendí las manos al sol y me las dejé calentar largo rato. ¿Necesitaria médico? ¿qué me ocurría? ¿Era posible que mi sola imaginación, por desbordada que fuese, me llevara a esos excesos?

Después de tomar el desayuno, charlar un rato con los míos y ver mis aves, me tranquilé un poco. Pero, ¿por qué razón acurrugué mi mano a un canario y lo mantuve en ella para comprobar si era, en realidad, un animal vivo, de sangre caliente, y apreté los alambres de la jaula para sentirlos, en cambio, inanimados y fríos?

¡Ah, soy incorregible! ¿De qué me sirvió mi tranquilidad de unas horas? Después de la sesta me sentí agitada de nuevo; una curiosidad, furiosa ya, me azogó entera. Si, sí; era una ne-

cesidad imperiosa de tocar con este mi sensible índice de la mano derecha aquel su brazo izquierdo y ver, con mis abiertos, muy abiertos ojos, la carne de ese brazo hundirse, y luego, elástica, humana, viviente, retornar su natural tensión.

Por fin—que sí, que no—a la hora del crepúsculo, hora en que Cuca salía al balcón, resolví aproximármelo.

Vacíé aún un momento al salir de casa, y observé el cielo: grandes nubes plúmeas, pesadas, bajas, acercaban sus henchidas ubres a las chimeneas urbanas, mientras el horizonte, de un ocre suelo de mal pintor, amortajaba con su merca triste las casas alargadas en horizontales hileras.

No pocos esfuerzos me costó llegar hasta Cuca y situarme a su lado; ésta, acompañada de dos jóvenes de su misma edad, charlaba su fácil charla cotidiana.

Estaba en actitud un tanto hierática, acodada sobre el balcón, y su brazo izquierdo, rígido también esta vez, sostenía el mentón. Desde mi atisbadero, pude observar largamente su brazo: no arrastraba allí un solo vello, ni la más delgada mancha lo ensombrecía, ni el más pequeño lunar le daba vida, ni el más ligero accidente epidérmico lo humanizaba.

Así, devorándolo al soslayo, vi morir en su piel el apagado color ocre de la tarde y resbalar por su forma perfecta la noche recién nacida.

Infinitas veces, mientras lo enfocaba, mi índice se adelantó para tocarlo, e infinitas, también, una fuerza desconocida me lo detuvo a mitad camino.

Pero a medida que la sombra nocturna hacíase más espesa, me asaltaban las imágenes del sueño de la noche anterior y volvía a invadirme un miedo cada vez más intenso, tanto que, cuando impulsada por un supremo esfuerzo voltiví mi mano se decidió bruscamente a palpar su brazo, senti, ascendente de la médula al cerebro, un escalofrío que me erizó entra, y a riesgo de pasar por loca, abandoné huyendo la casa.

QUINTO EPISODIO

No quise volverla a ver más; proyectaba mudarme de domicilio vivo; salía a horas en que no pudiera encontrarla; clausuré la ventana de mi escritorio para no oír su piano y prohibí a todos que me la nombraran porque su solo nombre me alteraba.

Nadie en mi casa sospechó la razón verdadera de mi conducta. ¡Iba, acaso, a alarmar a mi gente con mis inconcebibles manías y mis disparatadas sensaciones?

Mi hermana Irene me desobedeció, y por ella me informé, a pesar mío, de lo que ocurría en casa de Cuca.

Supe, pues, que un poeta la amaba y le había regalado uno de sus libros con una elogiosa dedicatoria, y ella, criatura terrena, puso la dedicatoria en un lindo marco y abandonó el libro

en el altillo; que en vez de ir a la peluquería cada quince días, iba ahora todas las semanas; que se estaba haciendo una preciosa ropa íntima del mismo color de sus ojos y leve como su pensamiento; que tomaba chocolate frío en las comidas para aumentar dos kilos, necesarios a la perfección de sus hombros; que había echado a uno de sus novios por haberle regalado una caja de bombones ordinarios; que se había quitado una nueva hilera de pestañas; que había cambiado de tipo de adoradores—antes apostados manebos hercúleos, ahora lánguidos rimadores elegantes, y otras tantas cosas parecidas que, al oír las pasar de mi prohibición, me hacían bien, pues borrraban un poco la impresión misteriosa, oscura, que la extraña criatura me produjo siempre.

SEXTO Y ULTIMO EPISODIO

Y ha sido esta mañana cuando ha ocurrido el hecho insólito. Aún estoy horripilada; aún siento en mis propios oídos mi grito desgarrado y mi desgarrante silencio; aún veo la gente arremolinarse primero y huir luego, sin rumbo, por, entre los caballos encabritados.

Tres meses corrían que no veía a Cuca, y eso que descansaba de su recuerdo, y hete aquí que al cruzar la calle Corrientes, a la altura de Calles, hoy mismo, a las diez, ella se ha acercado a saludarme.

Venia de compras, el último figurín en la mano y la más preciosa cartera coligante de su brazo.

Hemos caminado dos o tres cuadras, hacia la Avenida, y, por primera vez desde que la conozco, me ha producido la impresión de un ser humano como cualquier otro, envuelta como la recuerdo en su tapado negro, tocada de un fieltro obscuro que le escondía los ojos.

Y después de charlar sobre diversas cosas sin importancia, se sé como el hecho se ha producido.

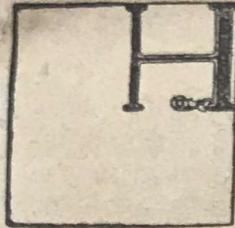
Es el caso que Cuca, separándose de mí, ha intentado cruzar la calle y un auto le ha arrollado; sí, sí, la he visto rodar bajo las ruedas e instintivamente mis manos se han posado sobre mis ojos para ahorrarme la horrible visión.

Pero, al instante, he avanzado hacia ella para auxiliarla y es entonces cuando he visto lo que aún estoy viendo, la cosa verdaderamente tremenda; no, no hay sangre; no hay en el suelo, ni en las ropas de Cuca una sola gota de sangre.

La cabeza, cortada a cercén por las ruedas del auto, ha saltado a dos metros del tronco, y la cara de porcelana conserva, sobre el negro asfalto, su belleza inalterada: los fríos ojos de cristal verdes miran tranquilos el cielo azul; la menuda boca pintada ríe su habitual risa feliz y del cuello destrozado, del cuello hecho un muñón atroz, brota amarillo, bulbulengero, volátil, un grueso chorro de aserrín.



PRIMER EPISODIO



A C E aproximadamente seis meses que conocí a Cuca.

Yo vivo en un barrio apartado y mi casa carece de balcón. Suelo asomarme, pocas veces,

a ver la calle a través de una bonita ventana de chalet moderno.

En uno de mis raleados vistazos al arroyo, mis ojos chocaron por vez primera con la nuca de Cuca, una preciosa nuca, pincelada de una mezcla de polvos de luna, rosa còty y agua del río del cielo; adherida a aquella vi extenderse la curva de la más graciosa melena que haya contemplado en mi vida.

Vestía de rigurosa moda un traje verde jade que dejaba al descubierto sus brazos perfectos y sus imperfectas piernas. Los zapatos y medias, de un muerto amarillo paja seca, al afinarle las extremidades, hacían recordar las patas de los canarios.

Estábase callada en la acera, de espaldas a mi ventana, oyendo las razones de una su vecina que le contaba un asunto de modistas y trapos.

De pronto me eché a reír como una loca; había escuchado la voz de Cuca, una voz ahumana como salida de una laringe de madera.

Cuando pude contenerme guardé silencio para paladear sus palabras: razonaba como una joven común de la clase media y de veinte años.

Salí de mi apostadero y, sin más ni más, acercándome a ella, la tomé por los hombros y obligándola a girar sobre sí misma, la arrostré diciéndole:—;Quiero conocerle los ojos!

Ella dió un grito, un gritito de pájaro, y me clavó en las

mias sus pupilas, unas pupilas algosas, arreptiladas, descoloridas, hechas de un vidrio rezumado por las más verdes y heladas estrellas de la noche.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

SEGUNDO EPISODIO

De más está decir que hube de explicar a Cuca mi manía literaria y la anormalidad impulsiva de mi carácter, que me aparta un tanto de las maneras convenidas en el comercio social de los hombres. Fuimos, desde entonces, cordiales, si no íntimas amigas.

Ella venía a casa todos los días y su cháchara de viento ligero me curó más de una vez del pesado sedimento de angustias que está, horizontal, sobre mi vida.

Sin embargo, cierto reparo inexplicable me impedía ir a la suya; cierto no sé qué extraño me obligaba a evitarla a solas: en cuanto entraba, con un pretexto u otro, mi hermana Irene, por secreto pedido mío, se allegaba a acompañarnos.

Creo no haber mirado nunca tan det

No; www.huellasfeministas.com.ar huma-

no, igual a cualquier otro: debajo de su piel, lento, callado, silencioso como los pies de los fantasmas, rodaba, grisáceo, un misterio.

¿Por qué, si no, durante horas y horas, mis ojos, indiferentes otrora, habían de perseguirle tenazmente la fría azucena del cuello, la almendra roja de las uñas, la espuma de oro del cabello, la porcelana amarilla y cálida de la nariz, y, sobre todo, el vidrio verde de los ojos?

¿Por qué hablando, como hablaba, lo que todas hablan, la voz naciale como de una caja y al rebotar en las paredes de mi escritorio su opaco sonido me sobrecogía?



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

TERCER EPISODIO

Solamente dos meses después de tratarla me atreví a ir a su casa y eso sabiendo que habría baile y la vería acompañada de mucha gente.

Por mi hermana tenía ya noticias del arreglo de su mansión, casi pegada a la mía, de gris fachada y grandes balcones con persianas, desde los cuales, todas las tardes, miraba Cuca pasar sus adoradores.

Serían aproximadamente las 22 cuando traspasé sus umbrales. Un largo corredor húmedo conducía al hall cuya lámpara caqui echaba su melancólica luz sobre muebles severos.

Al lado del hall la amplia sala se abría como una cueva de sangre: una velluda alfombra, color cuello de gallina degollada, al recubrirla totalmente se tragaba el rumor de los pasos humanos; grandes sillones, tapizados de terciopelo granate y negro—tulípanes en relieve—alargaban sus brazos muertos en muda oferta generosa; en un ángulo el piano negro, lustroso, hierático, dejaba correr sobre su lomo el chorro púrpura de un mantón de Manila; la baja araña colgante, balanceaba de vez en cuando—por mandato de una fuerte ráfaga de aire del balcón venida — cinco lámparas carmesíes, irisdiscentes en su llaga viva como párpados irritados.

Envolviendo, abrazando, amalgamando toda aquella arteria desbordada, lerdos cortinados, rojos también, colgaban, hoscos, sobre las anchas puertas.

Apretada contra mi hermana Irene me acurruqué en aquella habitación y desde allí, sin hablar palabra, vi moverse a Cuca.

Andaba de un lado para otro y cuando la perdía de vista su vocecita de madera delatábala, semiperdida en algún corrillo.

Alrededor de ella, inmaterial en su lánguido traje blanco, movíase una nube de hombres de negros vestidos.

¿Cuántas horas y con cuántos bailó? Eran uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once , infinitos hombres cambiantes alrededor de la misma cintura.

Más de una vez pasó rozándome, y pude ver de cerca el movimiento de huso de su cuerpo,



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

huso del joven que la conducía.

Pero fué recién a la madrugada, después de la centésima vez que pasaba a mi lado, cuando me asaltó la angustiosa sospecha que a poco más me altera el juicio.

Pensé de pronto: si tocara el brazo izquierdo de Cuca, ese, ese mismo que se apoya en este momento, rígido, sobre el hombro del compañero, la carne no se hundiría; y si la probara con el pulgar y el índice, como se hace con los cristales, estoy cierta de que sentiría, preciso, limpio, el claro sonido de la porcelana.

CUARTO EPISODIO

Dormí muy mal aquella noche; sueños extravagantes, visiones de terror, desfilaron en balumba por mi cerebro afebrado.

Cuando abrí los ojos me abalancé hacia la cortina de mi ventana descorriéndola violentamente: no podía soportar la obscuridad de la habitación.

Tendí las manos al sol y me las dejé calentar largo rato. ¿Necesitaría médico?; ¿qué me ocurría? ¿Era posible que mi sola imaginación, por desbordada que fuese, me llevara a esos excesos?

Después de tomar el desayuno, charlar un rato con los míos y ver mis aves, me tranquilicé un poco. Pero, ¿por qué razón acerqué mi mano a un canario y lo mantuve en ella para comprobar si era, en realidad, un animal vivo, de sangre caliente, y apreté los alambres de la jaula para sentirlos, en cambio, inanimados y fríos?

¡Ah, soy incorregible! ¿De qué me sirvió mi tranquilidad de unas horas? Después de la siesta me sentí asustada de nuevo, una curiosidad, furiosa ya, me azogó entera. Si...



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

cesidad imperiosa de tocar con este mi sensible índice de la mano derecha aquel su brazo izquierdo y ver, ver con mis abiertos, muy abiertos ojos, la carne de ese brazo hundirse, y luego, elástica, humana, viviente, retomar su natural tensión.

Por fin—que sí, que no—a la hora del crepúsculo, hora en que Cuca salía al balcón, resolví aproximármele.

Vacilé aún un momento al salir de casa, y observé el cielo: grandes nubes plúmbeas, pesadas, bajas, acercaban sus hinchidas ubres a las chimeneas urbanas, mientras el horizonte, de un ocre sucio de mal pintor, amortajaba con su mezcla triste las casas alargadas en horizontales hileras.

No pocos esfuerzos me costó llegar hasta Cuca y situarme a su lado; ésta, acompañada de dos jóvenes de su misma edad, charlaba su fácil charla cotidiana.

Estaba en actitud un tanto hierática, acodada sobre el balcón, y su brazo izquierdo, rígido también esta vez, sostenía el mentón. Desde mi atisbadero, pude observar largamente su brazo: no arraigaba allí un solo vello, ni la más delgada mancha lo ensombrecía, ni el más pequeño lunar le daba vida, ni el más ligero accidente epidérmico lo humanizaba.

Así, devorándolo al soslayo, ví morir en su piel el apagado color ocre de la tarde y resbalar por su forma perfecta la noche recién nacida.

Infinitas veces, mientras lo enfocaba, mi índice se adelantó para tocarlo, e infinitas, también, una fuerza desconocida me lo detuvo a mitad camino.

Pero a medida que la sombra nocturna hacía más espesa, me asaltaban las imágenes del sueño de la noche anterior y volvía a invadirme un miedo cada vez más intenso, tanto que, cuando impulsada por un supremo esfuerzo volitivo mi mano se decidió bruscamente a palpar su brazo, sentí ascender de la muñeca al cerebelo, un escalofrío que me erizó entera, y, a riesgo de perderlo, volví yendo la casa.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

QUINTO EPISODIO

No quise volverla a ver más; proyectaba mudarme de donde vivo; salía a horas en que no pudiera encontrarla; clausuré la ventana de mi escritorio para no oír su piano y prohibí a todos que me la nombraran porque su solo nombre me alteraba.

Nadie en mi casa sospechó la razón verdadera de mi conducta. ¿Iba, acaso, a alarmar a mi gente con mis inconcebibles manías y mis disparatadas sensaciones?

Mi hermana Irene me desobedeció, y por ella me informé, a pesar mío, de lo que ocurría en casa de Cuca.

Supe, pues, que un poeta la amaba y le había regalado uno de sus libros con una elogiosa dedicatoria, y ella, criatura terrena, puso la dedicatoria en un lindo marco y abandonó el libro



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

en el altillo; que en vez de ir a la peluquería cada quince días, iba ahora todas las semanas; que se estaba haciendo una preciosa ropa íntima del mismo color de sus ojos y leve como su pensamiento; que tomaba chocolate frío en las comidas para aumentar dos kilos, necesarios a la perfección de sus hombros; que había echado a uno de sus novios por haberle regalado una caja de bombones ordinarios; que se había quitado una nueva hilera de pestañas; que había cambiado de tipo de adoradores —antes apuestos mancebos hercúleos, ahora lánguidos rimadores elegantes, y otras tantas cosas parecidas que, al oírlas a pesar de mi prohibición, me hacían bien, pues borraban un poco la impresión misteriosa, obscura, que la **CUARTA** me produjo **siempre**

SEXTO Y ULTIMO EPISODIO

Y ha sido esta mañana cuando ha ocurrido el hecho insólito.

Aún estoy horripilada; aún siento en mis propios oídos mi grito desgarrado y mi desgarrante silencio; aún veo la gente arremolinarse primero y huir luego, sin rumbo, por esas calles, entre los caballos encabritados.

Tres meses corrían que no veía a Cuca, y uno que descansaba de su recuerdo, y hete aquí que al cruzar la calle Corrientes, a la altura de Callao, hoy mismo, a las diez, ella se ha acercado a saludarme.

Venía de compras, el último figurín en la mano y la más preciosa cartera colgante de su brazo.

Hemos caminado dos o tres cuadras, hacia la Avenida, y, por primera vez desde que la conozco, me ha producido la impresión de un ser humano como cualquier otro, envuelta como la recuerdo en su tapado negro, tocada de un fieltro obscuro que le escondía los ojos.

Y después de charlar sobre diversas cosas sin importancia, no sé cómo el hecho se ha producido.

Es el caso que Cuca, separándose de mí, ha intentado cruzar la calle y un auto la ha arrollado; sí, sí, la he visto rodar bajo las ruedas e instintivamente mis manos se han posado sobre mis ojos para ahorrármelos la horrible visión.

Pero, al instante, he avanzado hacia ella para auxiliarla y es entonces cuando he visto lo que aún estoy viendo, la cosa verdaderamente tremenda: no, no hay sangre; no hay en el suelo, ni en las ropas de Cuca una sola gota de sangre.

La cabeza, cortada a cercén por las ruedas del auto, ha saltado a dos metros del tronco, y la cara de porcelana conserva, sobre el negro asfalto, su belleza inalterada: los fríos ojos de cristal verdes miran tranquilos el

cielo azul; la menuda boca pintada ríe su habitual risa feliz; el cuello destrozado, del cuello hecho un muñón atroz, brota amarillo, hulla, gorgotea, gorgotea un chorro de aserrín.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar